

Y todas las cosas del mundo le hacen coro. Y los árboles unidos por sus ramas como manos, hacen una verde ronda. Y las aguas una ronda de cristal. Y para que se duerma el niño los versos parecen levísimas cunas. Y las palabras de arrullo le bajan los párpados "para vestirle el sueño". Y el pino verde del monte se casa con la esbelta nube: para ello se pone su levita de cristal y un lucero en la corbata y se calza sandalias de manantial y se compra un pañuelo de luna bordado de azahares. Y el niño se ha dormido bajo la mirada de su estrella y bajo su ángel de la guarda que

*"tiene un ala en el cielo
y otra en su alma".*

E. C.

«DOCE RITMOS»

Jaime Ibáñez Castro

Jaime Ibáñez Castro publica un cuaderno de poemas inicial y augural. Con ilustraciones del autor, quien revela una clarísima vocación pictórica. En "12 ritmos" está sintetizada la adolescencia lírica de Jaime Ibáñez: el maravilloso caudal de intuiciones de la primera juventud. En general creemos peligrosa, para el porvenir de un hombre de letras, la difusión tipográfica y el vuelo de publicidad, de sus vagidos y sus fervorosos balbuceos iniciales. Aquí cabe muy bien aquello de "arrepíentete antes".

Hay, como pórtico del cuaderno, unas palabras de encantadora sinceridad: "reconozco en mis primeros ensayos poéticos, deficiencias de relieve muy notorio y que no estoy capacitado para corregir; son ellos como las primeras voces de quien comienza a hablar; bien oye el niño que aquella modulación mejor es un remedo de lo que es bello y armonioso, pero ni su cerebro ni su lengua pueden remediarlo." Pero el autor exclama páginas adentro, como a manera de justificación:

*¡Somos aún tan jóvenes
¡Y es tan larga la vía!*

Posee Jaime Ibáñez un evidente dominio de las formas métricas: materia prima de la poesía. Y un profundo sentido de la melodía verbal. Pero sus "ritmos" están lastrados de retórica, de fácil *pastiche* pseudo-clásico, de imágenes y expresiones triviales, de fórmulas literarias sin vigencia y de moho académico. Creemos que Jaime Ibáñez, tan joven todavía, se irá despojando de todo esto para quedar "él"; para entrar de la mano con su personalidad, ya firme y depurada, en la atmósfera de la verdadera poesía. En su milagro a plena luz. Pues hay en él una vocación inequívoca. La belleza le ha sellado la voz con su dolorosa fatalidad. Actualmente pasa Jaime Ibáñez por eso que alguno llamó "el sarampión de la retórica". Casi inevitable en el tiempo de la formación literaria.

Las influencias son flagrantes. Están a flor de verso. Las que le ha dejado una lectura superficial, un paseo distraído, escolar, por los clásicos. Y otras más próximas. Amado Nervo y Bécquer por ejemplo. Pero son influencias casi postizas, si puede decirse. No esos vivos reflejos que resultan de la entrañable lectura de los autores amados.

'En "12 ritmos" hemos hallado aciertos de tan fina estirpe madrigalesca como éste:

*"Profundos ojos azules,
aguas claras de zafir,
quisiera lavar mis penas
entre tus aguas serenas
para poderme morir".*

Existe realmente en Jaime Ibáñez, lo repito, el fuego central de la poesía. Y por esto es del caso decir como el otro: "Crea usted, amigo mío, que no me resuelvo a felicitarle".

E. C.

